

Filosofando

## Reaprender a esperar en el hombre

Luis Armando Aguilar Sahagún

¿En qué vale la pena esperar?

Uno de los rasgos de nuestro tiempo parece ser cierta dilución no sólo de una esperanza trascendente, sino de esperanzas intrahistóricas que dibujen un horizonte de sentido claro, que irradie una potente fuerza de motivación para poder esperar que la humanidad, ser hombre y enfrentar la vida y sus dificultades, sean conceptos que bien valgan la pena. No parece haber ya una esperanza que aglutine y movilice los entusiasmos colectivos, que contenga más que proyectos individuales a corto plazo, animados por una tímida fuerza de realización cuyo éxito ocurriría de manera más o menos fortuita, o acaso, que sea el fruto de la menor o mayor confianza en nosotros mismos y en el mundo de posibilidades a nuestro alrededor. Posibilidades y oportunidades, ciertamente, muy dispares entre los hombres. Nuestra actitud frente al futuro oscila entre una voluntad de control y de cálculo y un abandono de lo que venga a ser fruto de una decepción o de un miedo a lo que realmente pueda ocurrir, y que fácilmente se expresa en un “carpe diem” o, en el peor de los casos, en una vida sin sentido.

Lo que parece dominar la mentalidad común es el sentimiento de estar solos en el mundo, en una verdadera intemperie. Solos como “señores de la creación”, como quien tiene oportunidad de sacar el mayor provecho de lo que la vida le depare, o de lo que la ciencia y la técnica, una buena preparación en estos terrenos, nos permita adquirir, extraer, acrecentar y gozar. Es verdad que entre los pobres de la tierra la esperanza suele ser más pura y trascendente. La “gran liberación” se ve, no obstante, ensombrecida por los planes y procesos con los que los poderosos “esperan” acrecentar o mantener su poder.

Nuestros sueños equivalen a nuestros cálculos. En esto las variaciones entre los humanos son enormes. Las variedades en la inteligencia humana, en el carácter y la capacidad de trabajo dan lugar a grandes diferencias y matices. Lo mismo se diga de los contextos culturales, el mundo de posibilidades económicas, las oportunidades de relación social, de ascenso, sin pasar por alto las peculiaridades climáticas que facilitan o dificultan la vida y el mantenimiento de su calidad.

El dolor de las víctimas del hambre, la injusticia y la miseria nos mueve, en ocasiones, como un tábano, a buscar alivio y solución. El tamaño de su esperanza no equivale necesariamente al del alivio que esperan ni a la disposición que tenemos para dar una respuesta solidaria. Las situaciones de hambre, de guerra, de terror y de abandono en que sobreviven millones de personas han robado los sueños de muchos de ellos. Y para quienes aún acarician algunos, ellos se presentan, con su exigente demanda de atención y, eventualmente, sacrificio de lo propio, como un fuerte interrogante o como un cuestionamiento de su legitimidad.

Millones de seres humanos ya han dejado de esperar. No parece haber un Dios que anhele nuestros anhelos, ni una historia *salutis*. Todo parece un conjunto fragmentario de logros y malogros, y aun así nos empeñamos en que la esperanza muera al último, sin saber exactamente en qué ni por qué. ¿Qué es la esperanza? ¿Cuál es su fuente? ¿En qué vale la pena esperar todavía? ¿Qué razones tenemos para hacerlo?

El filósofo marxista Ernst Bloch (1885-1977) dedicó su vida y su ingente obra a profundizar en el sentido del hombre de cara a un futuro libre de alienaciones. Fue este pensador de la esperanza uno de los más fecundos y audaces del Siglo XX. Su búsqueda constante partió del supuesto de un

hombre inconcluso, todavía inmerso dentro de un proceso inacabado. De origen judío, Bloch optó desde su juventud temprana por una postura atea, junto con el materialismo marxista con el que se identificó, y que buscó renovar mediante la identificación de su aspecto más humano. Bloch fundó su esperanza en el hombre y sólo en él, en su “ser posible” y su “ser en posibilidad”, es decir, en el hombre que se renueva día con día al trabajar por un mundo distinto, según la medida de sus sueños, sobre todo, los “sueños diurnos”, las ensoñaciones que mueven al quehacer cotidiano, sobre todo, cuando va encaminado a liberación de algún tipo de yugo, o incluso, de todos, a la emancipación total.

La ingente obra de Bloch, compendiada en su “Principio esperanza”, que contiene cerca de 1600 páginas, es como una sinfonía en la que aparecen los más diversos motivos que mueven al hombre hacia su propia superación, a una “trascendencia sin trascendencia” que apunta no a Dios, sino a una “Patria” (*Heimat*) aún por construir, una sociedad libre de toda alienación. Bloch no ofrece nunca una descripción de esa Utopía. Lo que le interesa constatar es su constante presencia, sus distintas depuraciones, formulaciones y matices. Descubre que la esperanza es la vivencia subjetiva de ese No-lugar, cuya inexistencia no está marcada por lo que definitivamente no puede ser, sino por lo que todavía-no es, y aún puede ser.

La realidad encierra mucho más posibilidades de las que el hombre de buen sentido está dispuesto a aceptar. El futuro mismo puede convertirse en el gran esbozo en el que se cumplen todos nuestros anhelos y en el que las esperanzas llegan a su fin reconciliador. El “auténtico futuro” está muy lejos de la mera repetición, y es siempre más que el mero pensar que nace del deseo.

La estructura de la persona apunta a la esperanza. El lema de su obra dice: “Yo soy. Pero no me poseo. Por eso, únicamente devenimos, nos vamos haciendo”. El hecho de que nuestro ser consista en el “llegar a ser” tiene su fundamento en que vivimos en la tensión entre “soy” y “me tengo”, entre la oscura inmediatez y la claridad. El trascender de la persona es el gran tema de la obra de Bloch. *Una trascendencia sin trascendencia*. Existir significa estar en tensión. *Tender significa vivir hacia algo*. El carácter fundamental de la vida es tendencia, intencionalidad: detenerse en algo en vistas hacia algo futuro, esperado, por alcanzarse, *ser en lo otro*. *La vitalidad del sujeto vive en algo distinto de él*.

Resuenan aquí los motivos de la búsqueda de la tierra prometida, en la que manan leche y miel. Bloch los exploró con detenimiento. Dedicó amplios pasajes al análisis de las formas que el *Principio Esperanza* adopta en la Biblia, incluyendo lo que para los cristianos es el Nuevo Testamento. Bloch creía que lo importante era descubrir al hombre en ese trance de soñar lo que aún no es, y ponerse en marcha. Es la manera en que se revela, históricamente, el ser profundo del hombre, en sus posibilidades inéditas. Las religiones, el arte, las utopías sociales, ofrecen para Bloch una veta inagotable de posibilidades que han de ser pasadas por la crítica de las ideologías, sometidas al crisol de la visión materialista de la historia, para rescatar lo que queda de ellas, el impulso transformador despojado, bajo su mirada, de la superchería espiritualista, burguesa o de cualquier tipo.

Bloch busca un nuevo comienzo y lo encuentra en el ser humano como un ser inacabado que busca ir perfeccionando su ser deficiente. “Siempre en camino y expectante, esperanzado y anhelante; en capacidad de anticipar el futuro en esperanza y utopía”, todo a partir de la inmediatez del instante vivido, preñado de posibilidades impredecibles. Ese instante se caracteriza por su oscuridad, en un doble sentido: negativamente, como carencia de luz, y positivamente, como algo que encierra una plenitud aún desconocida. Ambas afirmaciones se complementan mutuamente. Lo “oscuro” está aquí en contraste con lo “claro” con la “luz”, es aquello que se

cierra frente a la luz. Pero *lo oscuro también puede contener algo que puede llegar a la luz*. Bloch supone que la oscuridad en el instante no solamente trae consigo la imposibilidad de una auto-presencia inmediata, sino que es también el fundamento oculto para el despliegue del “ser” en el tener.

Es tarea de la filosofía la de abrir el potencial de lo pasado aún no vivido al sentido de la vida y ponerlo ante la conciencia como futuro. Esto puede aplicarse a la historia de cada cual, a la historia de relaciones humanas y a la historia de la humanidad como un todo. Al pasado preñado de semillas aún no desarrolladas, rico en potencial, corresponde el futuro de lo “todavía no” decidido.

El futuro es algo que desde sí mismo atrae y llega, como “una mirada que nos penetra completamente” (*Huellas* 218). La presencia ante mí mismo alcanza su forma plena en presencia del otro. La verdad de nuestro ser depende de la alteridad. Bloch da así el paso del yo al nosotros. “En nosotros”- afirma Bloch- arde todavía una luz: “Sólo en nosotros arde aún este fuego, el último sueño... en nosotros alumbra aún la luz absoluta...” (*Huellas* 309). Esa luz, “la oscuridad del instante” es lo que alumbra los sueños diurnos, lo que pone en marcha los deseos, lo que suscita la esperanza.

¿Qué quiere decir que el hombre es un ser trascendente? La trascendencia del hombre es horizontal, porque permanece dentro de los horizontes de nuestro mundo, sin sobrepasarlo. ~~Verticalmente~~ como trascendencia absoluta. Sólo de Dios cabe predicar la trascendencia en sentido estricto. Esta es la trascendencia que Bloch rechaza, fundado únicamente, creemos, en el materialismo que ha adoptado, y que hoy pide ser sometido a un examen crítico atento a los avances de la ciencia. ¿Qué es, en realidad, la materia? ¿Qué es, en realidad, lo humano que se resiste a la muerte?, ¿qué hay en el hombre, en su ser personal, que se resiste, como reconoce el mismo Bloch, a ser devorado con la corrupción de la materia? Bloch no lo aclara.

Propiamente, sólo si existe Dios como misterio *agraciante*, el hombre puede trascender esencialmente. Por eso, pensamos, la trascendencia sin trascendencia de Bloch permanece en el plano virtual. No da el paso de su afirmación esencial. Ese hombre quedaría condenado a los límites de su finitud, sin posibilidad de dar cuenta del sentido de su más hondo anhelo, ni de la incondicionalidad de la experiencia de los valores que lo obligan, ni de la gratuidad de la salvación que es capaz de experimentar.

Una filosofía cristiana deberá, ciertamente, cuestionar los supuestos del materialismo de Bloch y de su crítica e interpretación de la religión. Con todo, podrá aprender de este filósofo, entre otras cosas, su “fidelidad a la tierra” que le es exigida, también al cristiano, por razón misma de su fe. Podrá aprender, así mismo, que la esperanza es un impulso vivo que ha de cobrar formas siempre nuevas, creativas, y que, en la visión creyente, tiene su razón de ser en el mismo ser de Dios. El hombre no puede esperar en menos que en Dios, y si es capaz de hacerlo, es gracias al Dios que lo ha invitado a estar en la tierra como su “socio” en el drama de la creación.